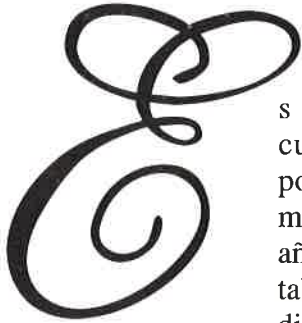


Un Perfume



s natural que al escribir recuerde siempre lo pasado, porque la memoria, en este momento, corretea por los años 1925-1926 cuando contaba catorce años y ya estudiando en la Escuela Normal en Córdoba, me parece verme

niña delante de un lugar de pisar embelesada por el baile de los pisaos y aspirando ansiosa un olor que me perturbaba con placer; la Profesora de Lectura y Escritura nos encargó un trabajo: escribir cada una sobre su pueblo: monumentos, jardines, iglesias, fuentes, plazas, castillos, etc... ¡ea, a escribir!

Y yo me quedé parada con la estilográfica en la mano quieta, ¿qué podía contar de Moriles? ¿monumentos, jardines, conventos, iglesias?, qué podía decir de la única, tan rústica y pequeña, al descubierto el armazón igual que el de la tonelera de mi casa, donde anidaban las golondrinas en el

“ *y escribí: «Mi pueblo es muy chiquito y apenas tiene años, se llama Moriles»* ”

verano (en el techo de la iglesia no se atrevían nunca). Todas mis compañeras estaban orgullosas de la valía de sus pueblos y yo sentía un ramalazo de envidia ¡ay!, si hubiera podido escribir: un castillo, una torre, un campanario, un puente sobre un río, una alameda, una fuente con muchos caños... ¡pobre de mi! Solo la fuente de la Teja donde mi abuelo, cuando era niña, me tomaba de la mano para pasear y entretenerme (una vez acompañamos a un difunto al cementerio y yo asombrada de ver tanta gente junta). Mi abuelo se gloriaba de haber tomado parte en la Batalla de Alcolea y por el camino me canturreaba:



En el puente de Alcolea
Hay una niña bordando
Con un letrero que dice:
Soy la hija de Don Carlos
¡y olé...!

Al llegar a la fuente de la Teja (en la carretera de la Estación al margen de la izquierda, aislada, entre la huerta de la Breva y las cuevas de los gitanos, donde la última vez que estuve en mi Moriles las vi ocupadas por una casa de ocio...¿Y cómo iba a escribir que solo era un chorrillo de agua que brotaba de la tierra y que recogía una teja de techar las casas; debía descubrir que mi abuelo llenaba en el chorrillo la tapadera de su petaca y me daba a beber: - «¡Anda, bebe, verás que hermosa te vas a poner!»). -¿Cómo sería de niña si a los catorce años, ya estudiante, estaba delgadísima y un guasón me dijo: -¡anda niña que eres un esqueleto revestío!

Total, que para evitar un cero de nota, agrandé la letra y escribí: «Mi pueblo es muy chiquito y apenas tiene años, se llama Moriles; en todos los patios hay un pozo de agua y al lado todos plantan un «lampazo» (a esta planta le llaman ahora Girasol); lo mejor del pueblo es el olor

que se desprende del aire; es un olor fresco y suave de bodega rancia; un olor a hojas jóvenes como si cada calle fuese un majuelo aplaudiendo a la primavera; yo lo respiraba pero no quise o no supe explicarme y temía las risas de mis compañeras que eran de pueblos hermosos de la Sierra y de la campiña: Pozoblanco, Dos Torres, Espiel, Aguilar, Espejo, Montemayor, Lucena, Cabra, Baena, Priego; todos podían presumir de todo menos mi Moriles; escribí con letras grandes el perfume de mi pueblo; la Profesora no rió pero no hizo comentario.

En aquella época de mi infancia yo no había oído el nombre de Baco, ni de Tirso, ni de Dionisio y sí de Dionisia que era vecina y todos parecían conocerla y respetarla.

Baco, dios del vino, de las viñas y de las bodegas también se llamaba Dionisio y Tirso, como báculo, el cetro de su realeza; me recuerdo zagala delante de un lagar de pisar sin quitarle ojo a los pisaores que me parecían seres de otros mundos danzando y cantando mientras aplastaban con sus calzados de abarcas la enorme alfombra de racimos de uvas que lanzaban al aire también sus jugos como rayitos transparentes: cuando alguno llegaba a mis labios la paladeaba: como un perfume soñado, como se me convertían los pisaores en dioses con un movimiento insidioso de sus cuerpos que invitaban a saltar en el mismo espacio que ellos, y estoy segura que mirándolos sentía un estremecimiento delicioso.

*me recuerdo zagala delante
de un lagar de pisar sin
quitarle ojo a los pisaores
que me parecían seres de
otros mundos danzando y
cantando mientras aplastaban
con sus calzados de
abarcas la
enorme alfombra de racimos
de uvas*

Pero aquello de la pisa, los pisaores, el olor y la danza tan lúbrica ya no existe; el Progreso nos regaló el Perfume de celeridad y prontitud, pero no de las bodegas. ¡Menos mal, ahora se goza del perfume del bien hacer, que hace que el pueblo siga avanzando y voceando su nombre, haciendo historia con el orgullo de tener hombres y mujeres ejemplares, desde la antiquísima aldea de Los Zapateros (que calzaban abarcas) hasta Moriles, espejo de tesón y honradez.

Paula Contreras
Zapaterena
Puerto Real 11-7-2002

Frutos Secos EMI

Avda. de Andalucía, 40 Bajo
esquina con calle Pasaje

